

LA LUZ DEL PORVENIR

Gracia: 3 de

Abril de 1890.

Preços de suscripcion.
Barcelona un trimestre adelantado; una peseta fuera de Barcelona un año, id. 4 pesetas Extranjero y Ultramar un año pd. 8 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION
Plaza del Sol 5, bajos,
y calle del Cañon 9, principal.
SE PUBLICA LOS JUEVES

Puntos de suscripcion
En Lérida, Mayor 81, 2.
Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante Francisco. 28, imprenta.

SUMARIO.—Lo que dicen los niños.—¿Qué es la madre?—Ecos tristes.—Comunicacion.

LO QUE DICEN LOS NIÑOS.

Ya he dicho otras veces que me agrada muchísimo escuchar los razonamientos de los pequeñitos: ellos me acabarían de convencer, si ya no estuviera convencida, de las sucesivas existencias del espíritu.

Una de las épocas en que presto mas atencion á lo que dicen los niños, es cuando se acerca el seis de enero, con su noche memorable en los fastos de la historia infantil, porque durante sus horas, los *Reyes Magos*, dividiéndose y subdividiéndose, realizando el fenómeno de la *ubicuidad* de un modo verdaderamente prodigioso, mas ágiles que todos los bomberos, suben á los balcones y aun llegan hasta los tejados, para llenar de dulces las botitas nuevas de los niños y los cestitos llenos de paja que la prevision de los pequeñuelos ha colocado para que los caballos de los Reyes se detengan á comer, y los ginetes, mientras tanto, en agradecimiento, dejen caer juguetes y dulces en abundancia.

Los preparativos de aquella noche son verdaderamente poéticos, las conversaciones á que dan lugar son encantadoras, las cartas que escriben los pequeñuelos á los Reyes de Oriente elocuentísimas. Un amigo mio, sabiendo cuánto me deleita todo lo que se refiere á los niños, me decia el dia seis de enero del año actual:

—Escucha Amalia, anteayer me acordé de tí.

—¿Por qué?

—Porque estando en el campo tomando medidas, para ver lo que yo hacia me rodearon una veintena de chiquillos, que son los primeros admiradores de todos los trabajos que se hacen al aire libre, y se me ocurrió preguntarles, recordando á mi hija, qué les habian pedido á los reyes, y cada cual me fué diciendo lo que le traerían. No sin estrañeza reparé que un niño como de cinco años no contestó á mi pregunta, y reiterándola le dije:

—Y á tí, pequeño, ¿qué te traerán los Reyes?

El niño me miró con cierto desden, y contestó con frialdad:

—A mí, nada; porque si algo pudieran dar, se lo guardarían para ellos.

—Magnífica contestacion.

—Te aseguro que no supe que replicar, pero pensé en tí, y dije:—si estuviera aquí Amalia; aquella que las coge al vuelo, le llamaria la atencion este pensador en miniatura.

—Ciertamente que me hubiera complacido conocer á ese niño. ¡Dicen tanto á



nuestra alma esas caritas sonrosadas, esos ojos brillantes tan expresivos como suelen tener la mayoría de los niños!.....

—Mira, pregúntale á mi hija que te cuente lo que le han traído los Reyes: á mí me encanta el oírlo.

Llamé á la niña, que tiene poco mas de tres años, y le dije:—vamos, cuéntame todo lo que te han traído los Reyes. La pequeñita, abrazándose á su padre, comenzó á nombrar diferentes objetos, y por último con acento admirativo dijo:—Y tambien me han traído *galletas del cielo!*

—Qué me cuentas?

—Sí sí; los Reyes han hecho estas galletas en el cielo. Y la inocente criatura me miraba reflejando sus ojos tanta alegría, pero una alegría tan pura, que casi tuve miedo, porque en la tierra parece que la felicidad es un presagio seguro del dolor.

Las palabras de la tierna niña me hicieron recordar un suceso que presencié hace algunos años en Madrid.

En la casa que habitaba habia de portera una excelente mujer, casada y madre de un niño que era el encanto de todos los vecinos: nunca he visto rostro mas agraciado, mirada mas expresiva ni entendimiento mas claro que el de aquel niño, que tendría unos ocho años; y lo que mas llamaba en él la atención, era su candidez é inocencia angelical formando cierto contraste con su perspicacia y talento. De él decia su madre con mucha gracia, que lo mismo servía para un fregado como para un barrido. Cuando alguna de las vecinas se quedaba sin criada, llamaba á Santiago, y éste le hacia la compra mejor que una mujer, y si un jóven abogado que habia en la casa se quedaba sin criado, Santiago le limpiaba la ropa y le escribia correctamente cuando aquel le dictaba. Acudia á la escuela, y de noche acompañaba á su madre en la portería, estudiando las lecciones, ó leyendo el Quijote, que era su libro favorito.

Con estos antecedentes, se deja comprender que sus padres adoraban á Santiago y le complacian en todo lo que su extremada pobreza les permitia; cuando llegaba la venida de los *Reyes Magos*, estos le traian al niño cuanto deseaba; pues, á pesar de su penetración, creia buenamente en esa poética fábula que tantas horas felices proporciona á los niños.

Una tarde encontré á la madre de Santiago muy pensativa, y como á la pobre mujer nunca le faltaban penas, le dije:

—Qué tiene, Antonia? se ha quedado su marido sin trabajo?

—No señora.

—Pues á V. le pasa algo.

—No, no; son tonterias mias; y sin embargo, ¡tengo unas ganas de llorar....! Y cubriéndose el rostro con la punta del delantal, se echó á llorar amargamente.

—Pero, mujer, no sea V. así: vamos, serénese, y cuénteme lo que le sucede.

—Mucho y nada; esta mañana le pregunté á mi Santiago: Y este año ¿qué quieres que te traigan los Reyes?

—Nada.

—¿Cómo nada?

—Nada, le digo.

—Pues ¿no dices tú que querias no sé que libros?

—Sí, es verdad que los queria; pero los Reyes han venido y me han dicho que este año me convidan á cenar con ellos; así es que varia la cuestion.

—Hijo, tu estás loco.

—No, madre, no; le digo que esta noche he hablado con ellos.

—¡Ah! eso es que has tenido un sueño que te ha parecido verdad.

—No, señora, no; que estaba bien despierto, y los he visto tan bien como la estoy viendo á V.: de manera que, á ver si puedo estrenar las botas y el traje aquella noche.

—Pero mujer,—le dije—¿no comprende V. que eso será un sueño?

—No sé, no sé, replicó Antonia, no sé qué pensar; pero tengo una pena que me muero.

Sin poderlo remediar, me impresionó aquel relato; y como ya tenia algunas nociones de espiritismo, creí que Santiago podia haber hablado con algunos espíritus pero me guardé muy bien de decirle nada á Antonia, porque hubiera aumentado su confusión.

Esto ocurrió á mediados de diciembre. Santiago siguió tan contento y tan servicial como de costumbre, pero no pasaba dia que no preguntara á su madre si tendria el vestido y las botas para la víspera de Reyes. La pobre mujer, cada vez que su hijo le hacia estas preguntas, sentía desgarrársele el corazón. Su marido la consolaba diciéndole:

—No seas tonta; el señor abogado dice que Santiago, de tanto *saber*, se volverá loco; no le contraries; aunque no comamos, le compraremos las botas y vestiremos como él quiere: ya verás como en llegando la hora de acostarse se queda dormido, y cuando esté como un tronco, le desnudaremos y le pondremos junto á su cama muchos dulces, que no ha de faltar quien nos los dé, y cuando despierte por la mañana pensará que son los restos de su cena con los Reyes. Todo se arreglará: no llares las penas, que si se llaman vienen mas pronto.

Antonia movia la cabeza con triste ironía, y apelaba á su recurso habitual, al llanto.

Llegó por fin el cinco de Enero, que justamente cayó en domingo, y Antonia vistió á su hijo con un trajecito nuevo y unas botitas color de plomo con puntas de charol; dejó á su marido en la portería, y se fué con Santiago á dar un buen paseo. El niño, segun ella contó despues, estuvo muy contento y muy risueño, si bien algunos momentos se quedaba pensativo y preguntaba á su madre:—¿Estaré bien así para presentarme á los Reyes?

Al oscurecer volvieron á su casa. Antonia preparó la cena; pero Santiago no quiso cenar, recordando que estaba convidado.

Su padre, que juzgaba simple capricho infantil la negativa de Santiago, no se inquietó por ella; no así la madre, que corrió á buscar á un médico que vivía en la misma calle. Vino el médico, pulsó al niño y se echó á reir, diciendo que no le encontraba la menor alteracion; que estaría harto de golosinas y ese seria el motivo de no tener apetito. Antonia se tranquilizó algun tanto; á la hora de costumbre cerró la puerta, se retiró á su cuarto, su marido se acostó, y Santiago se sentó junto á una mesa enfrente de su madre, que no se atrevia á contrariarle. Los Reyes—repetia de cuando en cuando—me dijeron que vendrian esta noche: ya verás como cumplen su palabra.

Antonia, poseida de un lúgubre presentimiento, miraba á su hijo, conteniendo con dificultad las lágrimas.

Varios relojes dieron una sola campanada: Antonia dijo á Santiago:

—¿Ves como no vienen? ya es muy tarde, vamos á acostarnos; desnúdate, hijo mio. Y cogiendo á Santiago se lo sentó sobre sus rodillas cubriendo de besos su preciosa cabeza y apretándolo contra su pecho como si temiera que alguien se lo quisiera arrebatár. El niño le devolvió con creces sus caricias, y de pronto se llevó las manos al corazón diciendo:—¡Ay! cómo me duele aquí!

—Es el frio, replicó Antonia: vámonos á la cama y entrarás en calor. Y al ir á

deshacer el lazo del pañuelo de seda que el niño llevaba anudado al cuello, éste la detuvo con rápido ademán, palideció hasta ponerse lívido y exclamó:—¡Madre!... ¡madre!... ¡míralos! ¡ya vienen por mí los Reyes!... Antonia, sobrecogida de espanto al ver la palidez de su hijo, lanzó un grito horrible pidiendo socorro, y después no supo lo que le pasó.

A la madrugada, al despertar, me llamó la atención oír muchas voces que todas hablaban á la vez en el patio y en la escalera. Me vestí apresuradamente, y asomándome al balcón que daba frente por frente de la ventana del cuarto del portero, vi que había luz y comprendí que algo de extraordinario pasaba en casa de Antonia. Corrí á informarme. La puerta estaba abierta de par en par; llegué al interior de la habitación, y ví á Santiago tendido sobre el lecho de sus padres, su madre, muda, terrible, amenazadora, con la diestra extendida, parecía que indicaba á alguien que se marchara; y su marido, como si hubiese recibido un golpe en la cabeza, ó como si estuviera ébrio, daba vueltas por la habitación sin saber que hacer.

¡Que cuadro tan desconsolador!.....

La muerte de Santiago fué muy sentida por todos los vecinos de la casa, y aun los de toda la calle. Su entierro fué lucidísimo. El abogado le costeó una caja preciosa, todos los niños de su colegio le acompañaron, y si en medio del dolor cabe alguna satisfacción, Antonia pudo sentirla, viendo tan generales manifestaciones de interés y de amor hácia su hijo. Sia embargo, la pobre madre estaba inconsolable. Lo que acrecentaba su amargura era no haber podido recoger, á causa de su desmayo, el último suspiro del hijo de sus entrañas: al volver en sí, solo pudo abrazarse á su cadáver. En pocos días envejeció como si hubiese pasado para ella un siglo de sufrimientos.

Su desesperación me movió á hablarle del espiritismo, y Antonia, aunque le faltaba inteligencia, como le sobraba sentimiento, se adhirió sin reservas á una doctrina que abría á sus esperanzas espléndidos horizontes. Creí que su volvía loca de alegría la primera vez que en una sesión familiar, supo, por una médium vidente, que tenía un niño á su lado acariciándola con la mayor ternura: el retrato del niño era exactamente el de Santiago con su blusita de lana de cuadros blancos y negros y unas rayitas azules y amarillas. La médium no conocía á Antonia: era una señorita de la aristocracia: así es, que á la pobre madre no le quedó la menor duda de la supervivencia de su amadísimo hijo. Al comprender que vivía, todo su afán era comunicarse con él.

¡De cuánto consuelo le sirvió á aquella pobre madre el espiritismo! ¡Con qué afán acudía á las sesiones espiritistas y preguntaba á los espíritus los detalles de la muerte de su hijo! Por ellos supo que habían salido al encuentro de Santiago, el cual merecía por sus virtudes, por su gran adelanto moral, ser llevado en triunfo á su hermosa patria, y que para prepararle se habían presentado á él bajo figuras simbólicas, que, hiriendo vivamente su imaginación, pusieron á su espíritu en expectativa, haciéndole presentir su próximo regreso al mundo espiritual; añadiendo que el niño había adivinado la proximidad de su muerte, pero que nunca habló de ella á su madre á fin de no entristecerla.

Hoy Antonia es una buena médium escritora: ha recibido varias comunicaciones, pero ninguna de su hijo. Según le han dicho los espíritus, la emoción que le produciría una comunicación de su hijo, podría trastornarle sus facultades mentales.

¡Cómo se enlazan los pensamientos! Refiriendo *lo que dicen* los niños' hemos recordado una triste historia.

¡Cuántas cosas dicen los niños que son verdaderas profecías.

Amalia Domingo Soler.

¿QUÉ ES LA MADRE?

» Es el árbol gigantesco á cuya sombra bienhechora acampa toda una familia por numerosa que ésta sea; es el símbolo de paz y esperanza, en cuyos brazos se acogen lo mismo el criminal que el justo; es el oasis bendito en donde encuentran consuelo todos los aflijidos; es la figura más grande que se puede encontrar sobre el planeta; es el ángel tutelar que guía nuestros vacilantes pasos, desde la cuna al sepulcro; es la esclava voluntaria dispuesta á todos los sacrificios, siempre que estos reporten un pequeño bien á los suyos; en fin, es el amor en todas sus manifestaciones, y sin embargo, de la madre recibimos el mayor mal, aunque inconsciente para ella.

» La inteligencia del niño es un álbum en blanco y la madre es la encargada de estampar en él las primeras impresiones.

» Si la madre es instruida, procurará que estas primeras líneas sean la base de una sólida instruccion, tanto moral como material: las palabras de una buena madre tienen tal influencia para el corazón del niño, que jamás las olvida.

» Se ha dicho que una madre que educa bien á sus hijos, hace más en provecho de la moral, que todos los libros del Universo. Pero á nadie se le ha ocurrido pensar que esta enseñanza no puede dársela la mujer, si no posee un caudal de conocimientos. ¿Qué educacion se le ha dado á la mujer en España? Se ha tenido en cuenta que ella es el pedestal sobre el cual está apoyada la sociedad? No; muchos hombres eminentes lo han sentido así, pero pocos han trabajado en favor de la idea. La sociedad depende de las mujeres, ha dicho Voltaire, querer reducir á las mujeres al gobierno material de la casa y no instruir las, sino solo para esto, es olvidar que de la casa de cada individuo es de donde salen los errores y preocupaciones que rigen al mundo.» —Aime-Martin.

Debemos al imperio de las mujeres una direccion sublime; que el poder de que disponen reciba de nuestras propias manos un impulso saludable hácia lo grande y lo bello, y que enseguida nos guíen ellas mismas hácia la mejora moral que tan inutilmente andan buscando los sábios: Raimond Sheridaus, ha creído muy necesaria la ilustracion de las mujeres, y dice en sus inmortales obras. «Las mujeres nos gobiernan, procuremos hacerlas perfectas. Cuanto más instruidas estén, más lo seremos nosotros. De la cultura y talento de las mujeres depende la sabiduría de los hombres.»

Innumerables serian los que podriamos citar que han reconocido esta verdad. Pero á pesar de voces tan autorizadas, la mujer vegeta en su ignorancia legando á su prole querida los atributos de ésta, ¡Cuántas aberraciones! ¡Cuántos absurdos imprimen en el blanco cendal de su imaginacion! y que tarde se borra!

El niño es filósofo desde que comienza á conocer á los suyos; cuando su lengüecita se niega á expresar sus deseos, pregunta con la mirada: ¡Cuánto dicen los ojitos de algunos niños que solo la madre puede comprender!

Más tarde, cuando adquiere el hermoso don de la palabra, comienza á interrogar á su madre sobre los innumerables temas que ha estado trabajando en el periodo de su mutismo, si la madre es instruida, ¡cuán provechosos son estos diálogos! ¡que pocas veces son interrumpidos!, porque en los albores de la vida es cuando el espíritu demuestra más deseos de aprender.

El niño necesita que graben en su alma el nombre de Dios, y para esto, pue-

de encontrarse buril mejor que el de una madre? Imposible. La madre lo graba de una manera indeleble; nadie puede hacerlo cual ella. Para escribir en el alma de un niño, se necesita estudiar un especial alfabeto al pié de su cuna.

La educacion moral de las criaturas corresponde á la mujer.

Las madres tienen dos deberes que cumplir; conservar al niño la vida física, no es gran cosa; darle la vida moral, si que lo es. Pero ¿cómo se va á dar lo que no se posee, ni á enseñar lo que no se conoce?

¿Cómo va á inculcar una mujer en sus hijos una religion sin fanatismo, ni misticismo, ni falsos dioses á quien adorar, ni ministros á quien retribuir sino tiene nociones de ella?

¿Cómo va á dar idea de la verdadera religion, de la religion del pensamiento, en que cada criatura lleva en su corazon un altar en donde rinde culto al Criador de todo lo grande y sublime que existe, y donde los holocaustos que se le ofrecen son todas las virtudes, y la mayor, el sacrificio del hombre por el hombre.

¿Cómo ha de comprender esto la que antes de saberse vestir, ya se la ha llevado á confesar, que es como si dijéramos, antes de comenzar á andar se le ha hecho la amputacion de una pierna? ¡Con qué trabajo se overá esta desdichada!

Despues de los mil y mil absurdos que la madre ha escrito en su virgen cerebro, el cura se encarga de darle forma real; mas tarde la maestra acaba de poner trabas á su pensamiento; pues todos sabemos la educacion que se da en las escuelas del Estado.

Ahora bien, ¿como va á poder dar idea de los hermosos prismas de la luz un pobre ciego? Por esto dijimos que de la madre recibimos el mayor mal y á ella debe su vida la iglesia ultramontana. Mientras á la mujer no se le instruya, vanos serán todos los esfuerzos para hacer avanzar el carro de la civilization.

Las ideas adquiridas en la infancia no se pierden jamas, son el norte de nuestras acciones; las lecciones que se reciben en la cuna son para el hombre la imágen de la buena madre que se las dió; ellas le recuerdan sus dulces sonrisas, su inmaculada frente, su amorosa mirada y el eco de su voz. Y si bien es verdad que algunos hombres han sabido desandar el camino, muchos son los que mueren con las mismas preocupaciones que en la cuna recibieron: esto en cuanto á los hombres; que las mujeres, exceptuando algunas, siguen todas en su ignorancia, tegiendo la tela de Penélope.

Estas consideraciones y muchas mas que omitimos por no molestar, acudieron á nuestra imaginacion en los exámenes públicos de la Escuela Laica de esta ciudad, verificados el 22 de Diciembre último, á los que tuvimos el gusto de asistir y en donde no supimos que admirar más, si los esfuerzos realizados por la Junta Directiva para dotar este centro de instruccion con todos los utensilios necesarios, segun la Pedagogia moderna, ó si las dotes y vastos conocimientos del señor Profesor.

Sin duda alguna podemos asegurar que don Emilio Moreno y Prieto ha nacido para el Magisterio. Lo que mas llamó nuestra atencion, fué su táctica especial para hacerse comprender de sus discípulos, inculcando en sus jóvenes inteligentes un mundo desconocido de ideas, á cual mas provechosas; de este modo nos explicamos como han podido recorrer en tan poco tiempo tan vasto campo.

¡Cuánto gozamos escuchando á los niños y cuanto sufrimos mirando á la mujer tan postergada y caminando por el desierto de Sahara, expuesta á cada momento á ser barrida por el simon de la ignorancia!

Solo me resta dar las gracias á los señores de la Junta, en nombre de la Socie-

dad; felicitar al señor Profesor por lo bien que ha sabido responder á nuestros deseos, y animar a los niños en su perseverancia en el estudio, pues con este se adquieren tesoros que ni los ladrones roban ni el tiempo destruye, suplicando á la nueva Junta, haga un esfuerzo mas para crear una escuela de niñas, en la inteligencia que pondrian los cimientos de la civilizacion.

Joaquina Cepeda de T.

Mérida 11 de Febrero de 1890.

EGOS TRISTES.

(En un convento.)

¿Porque mis ojos se nublan
velados por la tristeza
y contemplo con horror
esa implacable tijera?

*
**

¡Ah! mis trenzas han caido
cortadas con saña fiera
y con ellas mi esperanza,
mis ilusiones mas bellas.

No agitará más la brisa
mi dorada cabellera;
ni pasearé gozosa
por las alegres praderas.

No mas del manso arroyuelo
contemplaré la carrera
ni escucharé los gorgoros
del ruiseñor, en la selva.

No tejeré más coronas
de mirto y de madre selva
para que ciñan sus sienas
mis alegres compañeras.

No correré presurosa
á la antiquísima verja
á descorrer los cerrojos

para ver como penetra
el que es alma de mi alma,
el que en sus ojos impresa
lleva la felicidad
cuando los míos contempla.

No reclinare anhelante
en su pecho mi cabeza
ni contemplaré arrobada
de sus ojos la belleza.

Ya no volveré á escuchar
trovas al pié de mi reja.

¡Ya no puedo ser feliz
porque soy monja profesal

*
**

Qué haré en este monasterio
frio sepulcro de piedra
donde el alma dolorida
busca amor y no lo encuentra?

¿Qué haré tanto tiempo aquí
en esta lóbrega celda?

¡Pronto romperé los lazos
que me ligan á la tierra!

Dolores Ferreirós.

COMUNICACION.

Hermanos míos: Siendo la doctrina espírita propiedad de todos los seres de la creacion, y sus sublimes y saludables enseñanzas el bálsamo de amor y consuelo que dulcifica las agonías y sufrimientos corporales de las diferentes fases de las existencias materiales, y reconociendo, como reconoce todo el que se llama espírita que es una doctrina que á nada se impone, ni de nadie se deja imponer por fuerza ó por mandatos superiores á las fuerzas humanas, debemos considerar que si la sublimidad de sus enseñanzas emana de la causa principal; si es una doctrina filosófica que en sí lleva ya el gérmen de la verdad que no necesita adeptos por imposicion, sino que invita á un estudio filosófico, á un convencimiento racional lójico y concebible, que está al alcance de todas las inteligencias, puesto que en sí lleva ya el gérmen de la luz de la razon y se impone por sí misma como la gravedad á los cuerpos, nada tenemos que temer, ni nada debeis desconfiar ante tan hermosa sublime y trascendental creencia.

Vosotros que generalmente relegais al olvido todas estas enseñanzas que en esa dejadez sempiterna de las humanidades, no sabeis mas que un solo camino para ir á practicar las virtudes; debeis abrir los ojos á la luz de la razón, y conocer que siem-

pre que el dulce y noble sentimiento del corazón humano se eleve á su Creador, es oído y es oído y escuchado con amor é interés, que jamás será desoído el ruego santificado del sér que sufre ó necesita la protección del Padre celestial, y bajo este concepto tener confianza en el porvenir, y que las eventualidades terrenales no sean nunca causa de vuestro olvido ni alejamiento de las hermosas prácticas del espiritismo, siempre que la voluntad ferviente impera, no dudar que podeis pedir, que siempre os será concedido: es cierto que existen peligros que afortunadamente conoceis dentro de las prácticas de la doctrina, pero esos peligros que suelen presentarse en la autenticidad, ó no autenticidad de las comunicaciones pueden evitarse con una firme y pura resolución del amor al bien y las virtudes, tomando lo que la razón y la conciencia admiten de esas enseñanzas y desechando, sin desprecio, lo que racionalmente no admita vuestra razón y vuestra conciencia.

Bajo esas bases ya solos, ó acompañados, practicad sin temor la doctrina que profesais, cuando podais hacerlo en comunión de ideas y pensamientos es infinitamente mejor, pero cuando las circunstancias os alejen de los centros ó séres con quienes lo practicais no tener cuidado por vuestra soledad aparente, pues donde están los sentimientos del amor y el buen deseo de ir por la senda de la verdad y de la ciencia hácia el progreso, allí está el Padre y sus espíritus enviados para guiarle á su merecida felicidad.

Dios os ilumine.—JUAN.

Medium J. G.

ESPIRIDION

NOVELA ORIGINAL DE JORGE SAND

Traducida por MATILDE RAS DE MARTINEZ

Se vende en la Administracion de LA LUZ á dos pesetas el ejemplar.

LAS FUERZAS DE LA VIDA

ESTUDIOS FÍSICO-QUÍMICOS, FISIOLÓGICOS, BIOLÓGICOS Y TERAPÉUTICOS, QUE PRUEBAN LA
POSIBILIDAD DE PROLONGAR LA VIDA HUMANA POR EL MÉDICO

Dr. JUAN FERNANDEZ BALLESTEROS

Laureado del Instituto Dosimétrico de Paris.—Precedidos de un prólogo de
ROMUALDO ALVAREZ ESPINO del Instituto de Cádiz.

Se vende en la Administracion de LA LUZ DEL PORVENIR á diez reales el
ejemplar.

Imprenta Cayetano Campins, Santa Madrona, 10.—Gracia.